

## EL HOMBRE, EL PECADO Y SU PENITENCIA, LA OBEDIENCIA Y RIESGOS DE SU PRETENDIDA MADUREZ

### La verdadera condición del hombre y la luz de Dios.

"Podemos, a la manera del catecismo, descubrir en la liturgia cuaresmal un primer motivo, el motivo sobre la verdadera condición del hombre: se nos presenta a contraluz, la luz de Dios, la cual, al reflejarse sobre el hombre, criatura suya, su obra maestra, revela su abatimiento, inquietud, el dualismo entre carne y espíritu, la deformación, la necesidad y al mismo tiempo la incapacidad de restauración, la infelicidad radical, es decir, el pecado, y, por lo mismo, la necesidad que tiene de ser salvado, redimido, llamado a una vida nueva. Esta triste realidad ofrece la trama de otros temas cuaresmales, ocupa un lugar primordial la oración que brota de una conciencia afligida y humillada, que sólo la esperanza en Cristo, Salvador y Mediador, libra de la desesperación, de ese cinismo y vértigo de lo absurdo y de la anarquía, que suelen ser hoy las manifestaciones de la fenomenología del espíritu moderno. Y, con la oración, la penitencia, esta expresión de una profunda amargura interna que necesita traducirse en signos externos de arrepentimiento y expiación."

PAULO VI en la Audiencia General. (Texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 29 de febrero; texto en castellano: *Ecclesia* número 1.382, sábado 16 de marzo.)

### Sentido del pecado y penitencia.

"Aún en nosotros se suceden los interrogantes: ¿Por qué debemos hacer penitencia? ¿Por qué razón hemos de entretecer nuestra vida cuando ya está llena de desventuras y dificultades? ¿Por qué, pues, hemos de imponernos algún sufrimiento voluntario añadiéndolo a los muchos ya existentes?"

"Antes bien, si observamos realmente la ondulación del espíritu moderno notaremos la búsqueda del bienestar, de las comodidades; el afán de eliminar todo inconveniente, toda dolencia, todo obstáculo. Están como dominados por el afán de una prosperidad que termina por introducirse incluso en nuestra vida espiritual y religiosa. Acaso inconscientemente uno tan inmerso en un naturalismo, en una simpatía con la vida material que hacer penitencia resulta incomprensible, además de molesto.

"Todo esto nos incita a un breve análisis, a preguntarnos, en efecto, cuál es el fundamento de la gran exigencia que nos ha recordado la Iglesia, en una palabra, qué es la penitencia."

Fundación Speiro

"Los religiosos dominicos pensaron al punto en la frase sintética de su gran santo Tomás: «Dolor voluntatis», un dolor de la voluntad. Para hacer penitencia hay que entrar en esta forma de vida espiritual, de un dolor de la voluntad y, por tanto, libre y aceptado como impuesto por quien realiza el acto de penitencia.

"Esto supone un mal que lamentar y apartar expiando y reparando. ¿Cómo se llama este acto reflejo de nuestra psicología que descubre esa dolorosa necesidad? Se llama el sentido del pecado. Es la advertencia de la propia conciencia intranquila; la ansiedad de remediar algo que produce un profundo desasosiego en el alma. Pues bien, este sentido del pecado apegadas si se da incluso en muchas conciencias cristianas. Se ha embotado en ellas la sensibilidad y se ha resignado a aceptar como una costumbre lo que una vez era intolerable: la conciencia del pecado, una tristeza que era necesario eliminar sólidamente.

"Ahora es distinto. El Papa Pío XII, de venerada memoria, en el mensaje al Congreso Catequístico de los Estados Unidos de América, el 26 de octubre de 1946, escribió una frase que se hizo célebre: «El peor pecado de la edad moderna es haber perdido la conciencia del pecado.» Pues se ignoran la importancia y la gravedad de tan deletéreo mal; no impresiona; cuando precisamente se oye decir, en torno a nosotros, que puede haber moral sin pecado.

"Más aún, éste es el título de un libro: «Moralidad sin pecado», que ha dado mucho que hablar en estos últimos años. Y hay cosas peores. Se llega incluso a expresiones atroces, según las cuales el pecado es justificado como acto de fuerza y venación de cualquier título o prescripción. Es necesario —se dice— desembarazarse de los escrúpulos y temores y liberarse. En una palabra, el pesar, que en otro tiempo seguía a la falta que el pecado supone, hoy es rechazado.

"El pecado es una noción puramente cristiana. Quien ha aceptado el cristianismo, la revelación de Dios, posee la conciencia exacta del pecado. Otros pueden tener ideas aproximadas, pero siempre vagas e inciertas; para nosotros todo está precisado. El pecado implica dos elementos verdaderamente religiosos; el primero la relación entre nosotros y Dios, y no solamente el Dios de la ley, el Dios poderoso y exigente, el Dios de la justicia, que da a los actos humanos una sanción inexorable e inflexible, sino el Dios del amor, el Dios de la bondad; el Dios que para borrar nuestros pecados vino entre nosotros y tomó sobre sí el peso de nuestras culpas y las expió con su muerte.

"La otra noción que el pecado supone es de grandeza extraordinaria. Habla del drama de la culpa humana, por entrar en

*"juego la libertad. El pecado es un abuso de nuestra libertad responsable. Un desafío a Dios; la trasgresión de su ley, la indiferencia a su amor, por congruente, la entronización del mal en nosotros mismos. Nuestro verdadero mal es el pecado que cometemos.*

*"Ved cómo la penitencia resulta no sólo un remedio, sino una necesidad. Tenemos que hacer penitencia para denunciar a nosotros mismos, al cielo, a la tierra, que somos gente miserable. Tenemos la obligación de pedir piedad y de mostrar con algún acto que repudiamos el mal realizado y el mal que somos capaces de hacer."*

PAULO VI: Alocución al final del Rito Penitencial del Miércoles de Ceniza (28 de febrero de 1968; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 1 de marzo; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1381, sábado 9 de marzo).

**El desligamiento del pasado, que quería ser un acto libre y personal, lleva a una verdadera pérdida de la propia personalidad espiritual.**

*"Por una triste ironía de los hechos, este desligamiento del pasado que quería ser un acto libre y personal, una marcha de adulto que se afirma en sí mismo, no ha sido en realidad más que un acto de sumisión, de pasiva aceptación de un nuevo ambiente. Tal es el formidable poder de la psicología «de las masas» o la ley de hacer como los demás. Ciertamente la vida social comporta hoy no pocas exigencias y tiende a una cierta uniformidad, y hasta aquí no hay nada de malo en ello. Pero es cosa muy distinta pensar de hecho como todo el mundo y creerse libres y sin prejuicios. Se trata entonces de una verdadera pérdida de la propia personalidad espiritual, y esto mismo, si bien se observa, la profesión, la vida confieren una cierta fisonomía personal, a veces estimable."*

**Y la experiencia no iluminada por los principios de una prudencia superior vital se convierte en un puro empirismo que quita todo sentido a la vida humana.**

*"Si la experiencia no está iluminada por los principios, por una prudencia superior y vital —la misma que nos ofrecen la fe y la concepción cristiana de la vida—, aquélla se convierte en puro empirismo, pragmatismo integral, olvido de los fines espirituales y religiosos. Y cuando los valores supremos han*

*"desaparecido totalmente del horizonte personal, ¿qué sentido tiene la existencia humana?"*

PAULO VI: Discurso al segundo Congreso de la Unión Mundial de ex alumnos de la Compañía de Jesús (28 de agosto de 1967; texto francés en *L'Osservatore Romano* del 28-29; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.357, 16 de septiembre).

La madurez del hombre moderno, la reivindicación del papel primario de la conciencia personal, la exaltación de la personalidad y de la libertad ante la virtud de la obediencia. La iglesia es jerárquica, no inorgánica y menos democrática.

*"Vuestra oración adquiere por este motivo valor de respuesta a una opinión no recta, según la cual la madurez del hombre moderno, la reivindicación del papel primario de la conciencia personal, la exaltación de la personalidad y de la libertad, la voz misma del Concilio sobre estos temas de gran importancia y de actualidad pondrían en tela de juicio la virtud de la obediencia, haciendo discutibles incluso los fundamentos racionales y teológicos de la misma. Una semejante crisis no puede abolir la obediencia en la Iglesia de Dios.*

*"La Iglesia debe, por el contrario, destacar la virtud de la obediencia, haciendo profundizar al cristiano avisado en su sentido, con las transformaciones que la historia ha procurado en las estructuras jerárquicas de la Iglesia, que no coinciden con las estructuras temporales y con las enseñanzas que el Concilio confía a nuestra consideración y a nuestra observancia. La obediencia iluminada va buscando, decíamos, el designio divino, que contempla en el pueblo de Dios, como causa instrumental, como bien se comprende, pero genética y eficiente, la presencia y la acción de representantes de Cristo, provistos de su pastoral autoridad y dotados de los carismas de magisterio, de dirección y de santificación para el servicio y para la salvación de la comunidad de los fieles; la Iglesia es jerárquica, no inorgánica, y menos aún democrática, en el sentido de que la misma comunidad tenga una prioridad de fe y de autoridada sobre aquellos que el Espíritu Santo ha puesto al frente de la Iglesia de Dios (cfr. Hechos, 20, 28); es decir, el Señor ha querido que algunos hermanos tuvieran el indiscutible (cfr. 1. Cor., 4, 4) mandato de prestar a los demás hermanos el servicio de la autoridad, de la dirección, como principio de unidad, de orden, de solidaridad, de eficiencia, siempre para formar la economía de verdad y de caridad que se llama su Iglesia."*

PAULO VI: Alocución con ocasión del ofrecimiento de cirios en la Fiesta de la Candelaria (2 de febrero de 1968; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 3; texto en castellano: *Ecclesia*, núm. 1.377, 10 de febrero).